



La Santa Sede

**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
AL SECRETARIO GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS
SOBRE EL DRAMA DE BOSNIA-HERZEGOVINA**

Al señor Butros-Ghali,

Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas

Frente a los desafíos de la historia el hombre ha sabido afrontar las dificultades más graves, recurriendo a las fuerzas que, en su bondad misericordiosa, Dios todopoderoso ha puesto en su corazón y en su inteligencia. El mundo asiste hoy, como testigo impotente, al drama que aflige a las poblaciones de Bosnia-Herzegovina desde hace meses. La comunidad internacional quiere socorrer a las víctimas de esta guerra espantosa: niños heridos que han perdido a sus padres, sin ningún tipo de futuro y desalentados ante la crueldad de la vida; mujeres violadas, torturadas o arrojadas a la calle en medio del frío y el desamparo, junto con los pocos supervivientes de sus familias para salvar lo que aún se puede salvar, hombres, con frecuencia ancianos, privados del techo que los cobijaba y obligados a abandonar lo que había constituido la felicidad de toda su vida.

Aldeas enteras han sido devastadas; las casas, quemadas; los lugares de culto, iglesias o mezquitas arrasadas como si se quisiera eliminar todo signo de trascendencia. Las comunidades humanas y las familias han sido desmembradas. La vida, tan preciosa para cualquier hombre, ya no tiene precio. La muerte, la tortura, la violación y la expulsión forman parte de los múltiples aspectos del odio que opone a unas poblaciones contra otras de raíces culturales, étnicas y religiosas diferentes, pero cercanas por su geografía e historia.

«¡Nunca más la guerra, nunca más!», clamó mi predecesor, el venerado Papa [Pablo VI](#), ante la asamblea general de las Naciones Unidas, el [4 de octubre de 1965](#). Frente a la tragedia de Bosnia-Herzegovina, como pastor de la Iglesia católica, suplico a los hombres de buena voluntad que trabajan en el seno de la Organización de las Naciones Unidas que hagan todo lo que esté a su alcance para poner fin a este conflicto. La palabra de Dios resuena en nuestros oídos: «¿Qué

has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo» (Gn 4, 10). ¿Qué hemos hecho?, ¿qué debemos hacer para que cese la escalada de terror, de violencia y de aniquilamiento del hombre por el hombre?

La Organización de las Naciones Unidas es hoy el foro más adecuado para que la comunidad internacional asuma su responsabilidad ante algunos de sus miembros incapaces de aceptar sus diferencias. La autoridad del derecho y la fuerza moral de los organismos internacionales más elevados son el fundamento en el que reposa el derecho de intervención para salvaguardar a las poblaciones tomadas como rehenes por la locura homicida de los promotores de la guerra.

El diálogo en el que participan los responsables de las partes beligerantes debería ayudarlos a apreciarse mutuamente, en lugar de oponerse; a emplear todas sus energías para hacer cesar los combates en el campo de batalla y no para buscar ventajas políticas; y a edificar su nación sobre los fundamentos sólidos de la justicia, que es condición de la paz, en lugar de perseguir ambiciones que solo pueden destruirla.

Señor secretario general, al expresarle el dolor que experimento a causa de este conflicto en la antigua Yugoslavia y la confianza que deposito en las acciones de las Naciones Unidas a favor de la paz, le pido que haga partícipes de mis sentimientos a los miembros del Consejo de seguridad que tienen la responsabilidad de velar por el destino de las poblaciones implicadas. Esas mismas poblaciones y toda la comunidad internacional les quedarán agradecidas por haber tenido la valentía de la paz, sin ahorrarse ningún esfuerzo, ningún sacrificio y ningún medio susceptible de dar la paz a esos pueblos, un techo a los refugiados y a los exiliados, un hogar a los huérfanos y un lugar de oración a los creyentes.

Señor secretario general, agradeciéndole su compromiso a favor de la paz en Bosnia-Herzegovina, le ruego acepte la expresión de mi mayor estima.

Vaticano, 1 de marzo de 1993.

JUAN PABLO II